

Y ven que, de usureros circundado,
su talla Judas el traidor ostenta,
crespo el cabello y de color dorado,
con la cara también amarillenta.

Después Honorio y Paz se acercan, viendo
un avaro á quien otros perseguían,
y á una gente que, audaz, tras de él corriendo,
—¡Asesino de muertos!— le decían.

GIL GÓMEZ

—¿Quién es ese infeliz, que un torbellino
de enemigos cercáis?— Paz les pregunta;
y uno de ellos contesta: «Un asesino,
que una vez cortó un dedo á una difunta.

«Es Gil Gómez, señora.» —proseguía,
«avaro, sacristán, y valenciano,
que por robar á una difunta un día,
creyendo ser ladrón, fué cirujano.

»Miró á una muerta Gil llevada en coche;
la vió enterrar con sus anillos de oro,
y al nicho el muy bribón volvió de noche,
como vuelve el avaro á su tesoro.

»No pudiendo sacarle un grueso anillo,
el sacristán, con el mayor denuedo,
su linterna dejó, sacó un cuchillo,
y ¡horror! cortó de la difunta un dedo.

»Por efecto tal vez de la sangría,
mientras Gil, por huir, al viento pasa,
alzándose la muerta, que vivía,
cogió la luz y se volvió á su casa.

»Mas desde entonces Gil, lleno de miedo,
sin que haya nada que su espanto venza,
mientras vive ella alegre y sin el dedo,
él se muere de susto y de vergüenza.

»Por eso siempre y sin cesar la gente,
por cualquiera lugar que Gil camina,
—¡Al valiente! —le gritan, —¡Al valiente,
que hace vivir los muertos que asesina!»

Ven luego curas, jueces y doctores,
que vendieron con sórdida avaricia,
por oro, por favor ó por honores,
unos gracia, otros ciencia, otros justicia.

Tirándoles al rostro su grillete,
se vengan de los jueces los penados,
y en ir con los marchantes de bonete,
se juzgan los ladrones deshonorados.

El ansia de adquirir no tiene freno;
lo suyo y lo no suyo les desvela;
no les deja dormir el bien ajeno,
y ansiado el propio bien, los tiene en vela.

Patricio sin valor, venal esposo,
recogiendo y ansiando cuanto mira,
se arrastra allí Catón el virtuoso,
mancillando hasta el aire que respira.

Marcha Creso detrás, que fué preclaro
por contar más tesoros que proezas,
el que avaro, y tan sólo por avaro,
las riquezas amó por las riquezas.

Y con Craso el venal, al que proclaman
los proscritos de Sila el gran villano,
marchan los héroes, que á sus robos llaman,
lo mismo allí que aquí, golpes de mano.

Y va Pericles, que lanzó á la guerra
á su patria, ocultando su codicia,
enseñando falaz cómo en la tierra
nació la crueldad de la avaricia.

Ven luego dos esposos que suspiran,
y que huyen de mirarse frente á frente,
porque se dan los dos, cuando se miran,
el horror que da al ave la serpiente.

LOS VENTEROS DE DAIMIEL

Suspende, al verlos, la mujer su lloro,
y á Honorio y Paz les dice con tristeza:
«¿Queréis en cambio de la paz el oro?
¡La paz del alma es la mayor riqueza!»

«¡Yo soy, — prosigue, — una mujer maldita,
á quien ha vuelto de avaricia loca
la sed del oro, un monstruo que marcha
el corazón que con su mano toca.

»Pobre, con fe, y una medalla al cuello,
fué nuestro hijo á correr tierras extrañas,
y después de encantarnos por lo bello,
á Flandes admiró con sus hazañas.

»Tras largo tiempo de su patria ausente,
llegó un soldado á nuestra venta un día;
era el rico, era el bello, era el valiente,
era el hijo infeliz del alma mía.

»Sin darse á conocer, de mi sigilo
fió el caudal de que volvía dueño:
cogí el dinero, él se durmió tranquilo;
mas yo no pude conciliar el sueño.

»Sin conocer al hijo, y codiciosa,
al ver en mi poder tan gran tesoro,
sentí la tentación vertiginosa
que da, al alcance de la mano, el oro.

»Busqué á mi esposo, y como, mal guardada,
la miés inspira el robo y el saqueo,
me dejó á su presencia avergonzada,
cogiéndome en el aire un mal deseo.

»Viendo tanto oro relucir enfrente,
nos miramos la esposa y el esposo,
y jamás á un mirar más elocuente
un silencio siguió más espantoso.

»En la estancia del huésped, que dormía,
pasó después, entre la sombra oscura,
una escena de sangre, una agonía,
un delirio, un horror, una locura.

«¡Cuando ví, al enterrarle, la medalla!...»
Aquí enmudece, en su dolor se abisma,
y dice al hombre, que no hablaba: — «¡Calla!
Pues más que me odias tú, me odio yo misma.»

Y continuó después: «Mudos cual bronce,
viendo al hijo del alma asesinado,
cayó de nuestros párpados entonces
la lágrima mayor que se ha llorado.»

— Pero ¿cómo al decirte: ¡Oh madre mía!
su voz no conociste? — exclama el padre.
Y dice la mujer: — Porque creía
que era otro hijo, que hablaba de otra madre. —

Y el hombre y la mujer en sus miradas
el mutuo horror de su maldad revelan,
y se cruzan las frases aceradas,
y las ideas que asesinan vuelan.

Y al padre vil la madre le decía:
«¿Te acuerdas del dogal con que le ataste?»
«¿Y recuerdas,» — el padre respondía,
el puñal con que atroz le asesinaste?»

«Fué el mismo que después clavé en mi pecho
dice ella, — «castigando mi avaricia.»
«Yo, ahorcándome,» — dice él, — en mi despe-
con el mismo dogal me hice justicia.» (cho,

«¡Parricida!» — uno de otro aborrecido,
gritan con alma de dolor transida;
y el eco, doblemente repetido,
«¡Parricida!» — responde, — ¡parricida!»

Y siempre recordando al hijo muerto,
el hombre avaro y la mujer avara,
se miran cual si un día en un desierto
se hallasen con un tigre cara á cara.

Y ya lejos, mirándolo hacinado,
—¡Oro! ¡Más oro! — la mujer decía;
mas el hombre á su vez, desesperado,
—¡Pero y la paz del alma! — respondía.

Del astro sin quietud en que, villanos,
para robar el oro que apilaban,
el padre al hijo, el hijo á sus hermanos,
como el buitre á su presa, se espiaban,

Odiando Honorio y Paz todos sus dones,
con la cara de horror casi amarilla,
se alejan de un lugar donde á montones,
inútil para todo, el oro brilla;

Y donde, en ansia vil, jamás se ha hallado
ni un corazón con paz ni un ser risueño.
Lugar de los insomnios adorado,
donde nunca á dormir se para el sueño.

ESCENA XXIX

El pecado de la gula

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro despeñado*

PERSONAJES

PAZ. — HONORIO. — LOS GLOTONES. UN DESTACAMENTO DE
FRANCESES

ARGUMENTO

Un día alcanzan á ver una especie de cometa en el que están casti-
gados los glotonos, y ven á Helioabalo, Galba, Claudio, Albino, Mi-
trídates, Lúculo, Vitelio, Maximino, Enrique VIII y Catalina de Lan-
caster. El capitán de un grupo de soldados franceses les cuenta la he-
roicidad de Blanca Armendariz, quien, envenenándoles el vino, bebió
y murió con ellos, matándolos á todos por ser enemigos de su patria. —
Honorio y Paz ven desaparecer el cometa.

Un día que encantados contemplaban
esos globos inmensos de topacio,
que en infinita profusión brillaban,
sembrados como polvo en el espacio,

Ven que en sus curvas, ondulante y varia,
en marcha desigual, sin luz ni huella,
describiendo una elipse cometeria,
luce errática y nómade una estrella.

En un golfo de pálidos vapores,
balanceando sin fin, vira en redondo,
cual del mar se abandona á los furores
algún barco que hace agua, al irse á fondo.

Después de ir, ya subiendo, ya bajando,
del cenit al nadir, marcha el cometa
de un lado al otro, en derredor girando,
cual gira sobre el eje una veleta.

Cuanto anda en él, ó rueda ó se desliza;
marea el movimiento como el vino;
en el suelo de arena movediza,
donde pisan los pies, huye el camino.

Junta el cometa en su veloz carrera,
describiendo la elipse cometeria,
al tumbo de una innoble borrachera,
el vaivén de una danza involuntaria.

Nada tranquilo ni de pie se tiene;
los que marchando van, marchan lo mismo
que un hombre que se agita, y que va y viene
en un barco que rueda en un abismo.

Movidos siempre allí, sin que se muevan,
ven Césares rodar con pie inseguro,
que en los anillos de sus dedos llevan
el retrato del cínico Epicuro,

Como Galba, Heliogábalo y Albino,
que presentan sus caras amarillas,
con los labios resecaos por el vino,
jaspeadas por los besos las mejillas.

Marcha, no hallando de parar manera,
Mitrídates también, de rabia lleno,
que en su estómago atroz de hambrienta fiera
voraz desafiaba hasta el veneno.

Y amando el juego y el beber sin tino,
y la mesa y el círculo y las mujeres,
van Lúculo, Vitelio y Maximino,
gastados por frenéticos placeres:

Y Enrique VIII, el del impuro fuego,
que podía beber cuanto quería;
y Catalina de Lancaster luego,
que quería beber cuanto podía.

Todos, haciendo á la razón insulto,
tentaban la justicia del destino,
palpitando en sus labios en tumulto
la muerte, el vicio, el deshonor y el vino.

Mareados se desploman, caen, juran,
cual en un barco por la mar perdido;
después como sonámbulos murmuran
palabras desprovistas de sentido.

Y Honorio y Paz después ven que, gritando
un ruidoso tropel, á gran distancia,
más y más cada vez se va acercando,
diciendo sin cesar: — ¡Viva la Francia! —

Y dando hacia los dos pasos inciertos,
cual beodos que salen de una orgía,
en tanto que en sus labios entreabiertos
una sonrisa idiota aparecía,

Salió uno al frente, que hacia Honorio anduvo,
le saludó colérico, aunque urbano,
con la rabia de un galo que no tuvo
la gloria de morir espada en mano.

BLANCA DE ARMENDARIZ

Y el bravo capitán de aquellas gentes,
encarándose á Honorio, así decía:
«Llegué con este grupo de valientes
á cierto pueblo de Navarra un día,

» Fiel á su patria, y á la fe traidora,
para acabar con mi brigada entera,
disfrazada y cruel, cierta señora
se convirtió de pronto en cantinera.

» Viendo el vino y la joven, nos rendimos
al goce de una innoble intemperancia,
y bebimos, bebimos y bebimos,
exclamando al beber: — ¡Viva la Francia! —

» Porque yo, astuto y receloso acaso,
la pregunté si el vino era un veneno,
me miró la mujer, y apuré un vaso
con pulso firme y corazón sereno.

» Hallándonos en guerra y en España,
dudar debí de la mujer aquella...
¿Quién resiste al prestigio que acompaña
á un rey si es bueno, á una mujer si es bella?

» Al vernos vacilar, ella arrogante,
— Ya el veneno os abrasa, os turba el vino, —
nos dijo audaz, brillando en su semblante
la expresión infernal del asesino.

» Y mostrando, fanática, en sus ojos
un patriótico amor y un odio eterno,
— ¡Viva España! — gritó con labios rojos
como el tizón más rojo del infierno.

» Blanca, al mirar que echaban mis valientes
la mano á sus inútiles espadas,
una risa infernal muestra en los dientes,
y un báquico delirio en sus miradas.

» Me lancé yo á matar aquella fiera;
mas ví su cara de color de rosa,
y caí sin matar por vez primera,
porque al fin soy francés, y ella era hermosa.

» Y era además tan brava, que aquel día
con risa tan gentil bebió el veneno,
que, entreabierta, su boca parecía
un vaso de coral de perlas lleno.

» Dispuestos ya á morir mis camaradas,
uno jura, éste ruega, aquél suspira:
era un caos de frases pronunciadas,
una vez con ternura, otras con ira.

» — ¡Adiós, mi eterno amor! Allá te espero.
— ¡Qué risa de mujer! ¡Maldita sea!
— ¡Desgraciado de mí, porque me muero
sin oír las campanas de mi aldea!

» — Nadie esta infamia sospechar podría.
— ¡Bendigamos á Dios, pues lo ha querido!
— ¿Qué dirás de nosotros, patria mía?
— ¡Quién pudiera morir donde ha nacido!

» Dándose todos, al caer, la mano,
se acuerdan al morir, aunque beodos,
uno del padre, el otro del hermano,
y de su madre y de la patria todos.

» Y al fin, entre nosotros maldecida,
como nosotros de sufrir cansada,
soltó también la carga de la vida
la mujer venenosa envenenada.»

Calló aquí el capitán, y en tal momento,
por la memoria del veneno herido,
aletargado, inmóvil, soñoliento,
la cabeza inclinó, como dormido.

Y consigo después en tierra dando,
en honda estupidez, aquella gente,
uno á uno cayeron, imitando
el letargo brutal de la serpiente.

Y dejando aquel astro, en su camino,
las curvas de sus órbitas borradas,
se aleja, cual errante peregrino,
del éter por las playas azuladas.

Honorio y Paz desde la láctea vía
lo ven que, como esquife arrebatado,
en una elipse inmensa se movía
por las sendas del cielo extraviado.

Y se quedan los dos del cielo enfrente,
casi sintiendo del terror el frío,
mientras ven el planeta enteramente
perdido en los desiertos del vacío;

Admirando las glorias infinitas
del Dios que reina en su inmutable asiento,
que con letras de fuego están escritas
en la bóveda azul del firmamento.

ESCENA XXX

El fin de un mundo

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro moribundo*

PERSONAJES

PAZ. — HONORIO. — JESUS EL MAGO. — LAS ALMAS EN PENA. — PALACIANO

ARGUMENTO

Sorprende á Paz y á Honorio el espectáculo de la destrucción de un mundo. Quedan en el vacío una multitud de almas en pena, que van guiadas por el espíritu de Palaciano.

A la parte oriental de su camino,
ven que un día siniestro se descubre
ese color oscuro y mortecino
de los últimos días del octubre,

Y entre una multitud de inmensas moles,
un planeta brillar por todos lados,
en un vasto archipiélago de soles,
por un cósmico mar desparramados.

Como al brillo de un sol que se ponía,
sintiendo Honorio y Paz el alma inquieta,
asisten á la bárbara agonía
de las últimas horas de un planeta.

De pronto un gran fragor, sobrecogido
dejó hasta á Honorio, que, en su eterno duelo,
jamás le conmovió ningún rugido
ni del mar, ni del mundo, ni del cielo.

Y al tiempo en que del ruido desusado
la causa Honorio con afán inquiere,
dice Jesús, pasando por su lado:
— Cumplió su tiempo ese planeta y muere. —

¡Oh ley universal! ¿Es que perecen,
como el hombre, los astros en el cielo?
Después que vegetando resplandecen,
¿llegan también á una vejez de hielo?

¿Qué es ya ese mundo? Impulso que se agota,
cosmos sutil que agonizando vaga,
de un péndulo inmortal fuerza ya rota,
voz que se extingue, hoguera que se apaga.

Mirando el astro aquel, despavoridos,
más les consternan, cuanto más caminan,
los débiles, siniestros y perdidos
resplandores de luz que lo iluminan.

Condensándose más, van adquiriendo
las nubes un carácter despiadado,
y toman, descendiendo, descendiendo,
un color uniforme y aplomado.

Vertidos de los montes, descendían
derramados sin cauces los torrentes.
Los rayos, ondulando, parecían
unas sueltas nidadas de serpientes.

Sigue el fragor, y á un resplandor intenso
unas llamas le siguen amarillas;
después se deja oír el ruido inmenso
de mares que rebasan sus orillas.

Por encima del astro, temerosas,
variadas de color, vuelan las aves,
cual luces de San Telmo, esplendorosas,
que en los mástiles brillan de las naves.

Brota el follaje lánguidos gemidos;
la tierra desquiciándose crujía;
los cuervos, arrojados de sus nidos,
lanzan gritos furiosos de agonía.

Troncos, que caen sobre troncos muertos,
se ven unos sobre otros hacinados,
y son en sus guaridas y desiertos,
los seres que devoran, devorados.

En las gredas del suelo abigarradas,
rabiosos los reptiles se acumulan,
y nubes de humo y polvo, condensadas,
como inmensos murciélagos circulan.

En los bosques los árboles se agitan,
y mezclando sus voces lastimeras,
se confunden, se asordan y se imitan
árboles, hombres, pájaros y fieras.

Abren los ríos por los campos calles,
traslada el mar su natural asiento,
caen rotos los montes en los valles,
y los valles deshechos en el viento.

Mientras tomaba así forma gaseosa,
Honorio el pitagórico escuchaba
una cierta elegía misteriosa
que el mundo al deshacerse murmuraba.

Al astro, en fin, el huracán sacude,
y hasta el centro de su eje el suelo agrieta,
y en él á condensarse el viento acude
de todos los extremos del planeta.

Cual Etna, desde el valle hasta la cumbre,
en bárbara explosión el mundo estalla.
Va cesando el fragor, muere la lumbré,
y apagado el volcán, el viento calla.

Extingue, derramada, el agua al fuego;
torna el fuego las aguas en rocío;
el rocío se extiende y sube, y luego
humo... vapor... cenizas... y ¡el vacío!

Y Honorio y Paz después con ansia horrible
vieron, lanzando una postrer mirada,
que todo quedó al fin en paz terrible,
entrando en los abismos de la nada.

Sólo nubes de espíritus ligeras,
ya sin los cuerpos de que fueron dueños,

sin forma ni color, por las esferas
cruzando van como los malos sueños.

Corren las nubes cual la densa bruma
que alza, sonando, por la tarde el río;
y como nada sobre el mar la espuma,
van las almas nadando en el vacío.

Mira la turba, en lágrimas deshecha,
la tierra muerta ya de sus dolores,
porque en la patria de sus penas echa
raíz el corazón como las flores.

Las almas que aparecen ó se esconden,
mezclándose entre sí, vertiginosas,
parece que preguntan y responden,
gorjeando unas palabras misteriosas.

Luego, acudiendo el transparente bando
hacia el punto central de los extremos,
cual blancas aves de la mar girando,
se preguntan con ansia: — ¿Adónde iremos? —

¡Ay! no tienen los ángeles memoria
de tanta angustia y de tan hondos gritos,
desde el día en que Dios reinó en su gloria
en medio de vacíos infinitos.

Los espíritus, juntos ó apartados,
van volando uno á uno y ciento á ciento,
cual las briznas de hierba de los prados
que se lleva una ráfaga de viento.

Entre la turba, al parecer maldita,
Paz una sombra á distinguir alcanza,
y — ¡Es él! ¡es él! — entusiasmada grita,
abriendo el corazón á una esperanza.

Y en seguida la madre y el hermano,
con vista aguda y con atento oído,
lograron ver y oír á Palaciano
de un rebaño de espíritus seguido;

Pues del astro á los últimos reflejos
corrió á guiar las almas lastimeras,
como un hada que acude desde lejos,
buscando á sus errantes compañeras.



ESCENA XXXI

El pecado de la impureza
(PRIMERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES. — PAZ. — HONORIO. — EL PRÍNCIPE SIN NOMBRE

ARGUMENTO

Llegando Paz y Honorio á otro de los astros donde se purifican las almas que mueren en pecado, encuentran el lugar donde se purga el pecado de la impureza. Entre los seductores hallan un hombre perseguido por una bacante: le pregunta Honorio quién es, y le contesta que fué un príncipe, que, prendado de los ojos de una religiosa, la requirió de amores, y ella hizo el sacrificio de sacárselos, regalándoselos en un plato para escarmiento de sus malos deseos.

Honorio y Paz, ajenos de reposo,
sumidos en mortal melancolía,
llegaron á un lugar caliginoso,
donde el demonio blasfemó algún día.

Y en el rincón del éter más impuro,
su inquietud aumentando y sus pesares,
un astro vieron de color oscuro,
del cielo entre los rojos luminares.

Quando al planeta á su pesar llegaron,
venciendo su pudor y casi á oscuras,
con asco, Honorio y Paz, el suelo hollaron
del astro de las fáciles ternuras.

De aquel lugar la calma y el contento
los desterró el placer: ¡tierra maldita,
donde húmedo y letal esparce el viento
cierto fétido olor de flor marchita!

Pisando siempre el limo de los ríos,
se abren paso al andar con pies y manos,
por bosques de hongos fétidos y umbríos,
en un suelo de charcas y pantanos.

Cegándolos, recorren á bandadas,
la atmósfera y las aguas corrompidas,
mariposas negruzcas y pesadas,
del hedor y la fiebre hijas queridas.

Nacen del cieno, cual los hongos crecen,
una especie de sátiros lascivos,
que, más bien que unos sátiros, parecen
reptiles de oceanos primitivos.

Con el ansia del vicio sin donaire,
el gusto hasta el hastío provocando,
se ciernen los amores en el aire,
sus ardientes antorchas agitando.

Amores que, en su lúbrica torpeza,
dan grima al noble amor; raza sin nombre,
que junta la malicia á la impureza,
mezcla de mono, de reptil y de hombre.

Con escándalo inquietos, repugnantes,
los sátiros, á monos parecidos,
y mezclados con ellos las bacantes,
sucios monstruos de géneros perdidos,

Persiguen á Tenorios, que sintiendo
una dicha sensual, pero funesta,
gozaron sin virtud, no conociendo
del puro amor la privación honesta.

Y huyen ante ellos en tropel inmundo;
pues seres ya para el placer perdidos,
furiosos agotaron en el mundo
el placer sin amor de los sentidos.

Paz con vergüenza, Honorio pesaroso,
en un juncal que, á la siniestra mano,
crece al borde de un río cenagoso,
que se pierde sumido en un pantano,

Ven que á un hombre, con cínica sonrisa,
siguiendo más impúdica que amante,
deja colgar al soplo de la brisa
su trenza desgrefñada una bacante.